

medias, si es lícito llamar así esas primeras tentativas de poesía dramática, en tierra alemana. Las piezas de Rosvita son unas leyendas, verdaderos dialojos, con final edificante, que reflejan la insaciable credulidad de los hombres de entonces, y fueron compuestas con la tendencia y la intención confesadas de sustituir y suplantar el liviano cómico romano Térencio, al que hasta los buenos cristianos tenían demasiada afición. Por lo demás, nuestra pobre monja ha rivalizado osadamente con el bueno de Terencio en la elección de asuntos ambiguos, sólo que ella trató de darles un giro ascético, sin por esto cubrirse la boca con una hoja de higuera. Lástima que ignoremos si esos dramas monjiles fueron representados escénicamente, lo cual no es nada imposible, ya que las hermanas sabían el latín. No es de suponer que Rosvita escribiese sus comedias para guardarlas en el pupitre, sinó para darlas á conocer, y las hermanas de Gandersheim debieron de haberse divertido en muchas largas veladas de invierno, haciendo leer á la poetisa la comedia de *Dulcitius*, ó la de *Pafuntius*, ó la de la *Sapientie*, reunidas en el refectorio.



IV.

Reinado de los Enriques.

La primera tentativa de hacer hereditario el imperio alemán electivo había fracasado por la extinción de la dinastía sajona; pero la constante repetición de semejante tentativa demuestra claramente que el buen instinto de los alemanes como de las naciones vecinas tendía á la fundación y consolidación de la monarquía hereditaria, siendo esta forma de estado, en aquella época, es decir, en la primera parte de la Edad media, la única que asegurara la posibilidad de condiciones ordenadas y por consiguiente de adelantos en la civilización. Es verdad que la naturaleza misma, negando la duración á las grandes dinastías, parecía oponerse al establecimiento de una monarquía hereditaria alemana, á la formación de un estado nacional compacto; pero no sería difícil demostrar que el gran obstáculo moral de la edificación de un estado nacional alemán, á saber la funesta ilusión del imperio romano-germánico, fué también una causa de consunción física de los reyes alemanes que perseguían incansablemente aquel malhadado fantasma.

Entre tanto la nación, es decir, el alto clero, compuesto de los arzobispos, obispos y abades y la nobleza alta y baja, los duques, condes y varones se habían reunido después de la muerte del emperador Enrique II para usar otra vez de su derecho electoral y proveer de nuevo el trono vacante. A principios de otoño de 1024 verificose la elección de nuevo rey en las riberas del hermoso Rhin, arteria principal de la vida política, eclesiástica é industrial de la Alemania de entonces. En la gran llanura entre Vorms y Maguncia habianse acampado los principes espirituales y seculares con sus séquitos en la orilla izquierda, los del Palatinado y de Lorena, en la derecha los de Franconia, Suabia, Braviera y Sajonia. Mucho tiempo duró la faena electoral, hasta que los ánimos se inclinaron por de pronto hácia dos Conrados, primos hermanos de la dinastía francona de los Conradinos, consanguinea con la dinastía sajona. Los dos acordaron entre sí, que el más joven cediera á favor del más viejo, y

éste fué elegido rey, llevado en triunfo á Maguncia y allí ungido y coronado por el arzobispo Aribó, ante el gran altar de la catedral.

El rey Conrado II, hombre de imponente presencia, era un rhenano tan fogoso, resuelto y apasionado, cual no ha habido otro, teniendo á su lado para completar su carácter á la bella é inteligente reina Gisela, viuda del duque Ernesto de Suabia y madre de un hijo del mismo nombre, igual en cultura á Hadabigis de Hohenttil y, como esta, amiga de los frailes eruditos de S. Galo, elogiándola los doctos sus contemporáneos como mujer la más importante de su época. Pero su doble posición como esposa del rey Conrado y madre del duque Ernesto le acarreó muchas amarguras, porque el rey en su aspiración, muy natural, de fortalecer en lo posible el poder soberano, no tardó en chocar contra los intereses particulares de los príncipes alemanes. En todos los tiempos estos han invocado el espíritu de la unidad nacional solamente cuando la necesidad les obligaba á ello, no titubeando nunca en sacrificar en beneficio de sus *casas* la seguridad y bienandanza de la patria; y siempre en el momento de hacer traición á Alemania pronunciaban vanamente la sagrada palabra libertad, de modo que desde los días de Segestes hasta los de los príncipes de la federación del Rhin, la expresión *libertad alemana* en boca de los príncipes ha sido siempre una fórmula coonestativa de la traición á la patria. La justicia histórica, sin embargo, ha de concederles un fuerte motivo atenuante, el de darles el ejemplo los reyes mismos, que á su vez creían que había de defender un interés superior á la nacionalidad, pues la apariencia de la coronación por Roma estaba para ellos en primer término y la existencia de Alemania en segundo. Hasta un hombre tan realista y por lo demás tan sensato como era, Conrado II no supo contentarse con ser un buen rey alemán; él también hizo su *viaje á Roma*, sometió Italia otra vez más ó ménos al *imperio* y en Pascua de 1027 se hizo poner la corona imperial en Roma por el papa Juan XIX, asistiendo á la espléndida festividad los reyes Rodolfo de Borgoña y Knut de Dinamarca.

A su regreso, el emperador tuvo en seguida que poner orden en Alemania, llegando también á fin trágico su cuestión con su hijastro Ernesto de Suabia. Había en esta cuestión un rasgo de lealtad que debía hallar fuerte y duradero eco en el ánimo del pueblo, y así se explica que el romanticismo de los tiempos posteriores de la Edad media hiciera del desgraciado duque de Suabia un héroe favorito de sus cuentos y fábulas. La historia nos refiere lo siguiente: El rey Conrado deseaba adquirir para el reino alemán el país de Borgoña en caso de morir sin hijos el rey Rodolfo; pero su hijastro Ernesto pretendió la herencia por razones de parentesco, y para sostener sus pretensiones se alió no sólo con varios príncipes alemanes, sí que también con el rey Roberto de Francia, intentando varias veces alzar la bandera de la insurrección contra la cabeza del imperio. En su segunda tentativa había convocado en Ulm á todos sus vasallos; pero estos le abandonaron, porque su deber para con el emperador y la patria era superior á su deber feudatario; uno sólo permaneció fiel á su duque, el conde Guernerio de Quiburgo. Estando así las cosas, Ernesto hubo de someterse á su padrastro imperial y éste encerró al

rebelde en el Gibichenstein á orillas del Sale; Guernerio defendió su castillo cerca de Vintertur durante tres meses contra las tropas de Conrado, y luego, logrando escaparse, iba vagando por el país como proscrito. La intercesión de su madre Gisela devolvió la libertad á Ernesto, llamándole el emperador á su palacio de Ingelgein, por Pascua de 1030, para decirle que le reinstalaría en el ducado de Suabia bajo la condición que Ernesto abandonaría á Guernerio persiguiendo al proscrito como á enemigo del imperio; pero Ernesto contestó: *¿Reñegar del único que me ha permanecido fiel? no; no puedo abandonar á Guernerio;* y se marchó soberbio. La consecuencia fué que el emperador declaró á su hijastro destituido para siempre del ducado de Suabia, que le proscribió como á enemigo del imperio, y le mandó excomulgar por los obispos de su corte. De este modo, dos veces proscrito, sin amigos y sin amparo, no le quedó á Ernesto sino un solo báculo, un solo apoyo, el leal Guernerio, junto con el cual se refugió en el territorio del conde Odon de Champaña. Engañado en su esperanza de encontrar socorro por parte del conde, los dos amigos proscritos volvieron al otro lado del Rhin ocultándose en la selva Negra; aquí juntose á ellos una turba de gente desesperada, con cuya ayuda pudieron apoderarse de Falkenstein, castillo situado en una peña cerca de Volfas, donde se sostuvieron durante algunos meses á manera de ladrones, hasta que los ejecutores de la proscripción imperial, bajo el mandó del conde Mangoldo de Bernigen se acercaron al castillo para sitiario. Para no dejarse morir de hambre, los amigos salen del castillo y abandonando la Selva Negra se lanzan en el llano del Baar; mas aquí encuentran á las tropas de Mangoldo y el choque se verifica con la furia batalladora de los antiguos tudescos. Combatiendo uno al lado del otro Ernesto y Guernerio dan muerte á muchos y finalmente la reciben juntos, guardándose fidelidad hasta el último suspiro; también el ejecutor de la proscripción Mangoldo yace exánime en el sangriento campo de batalla.

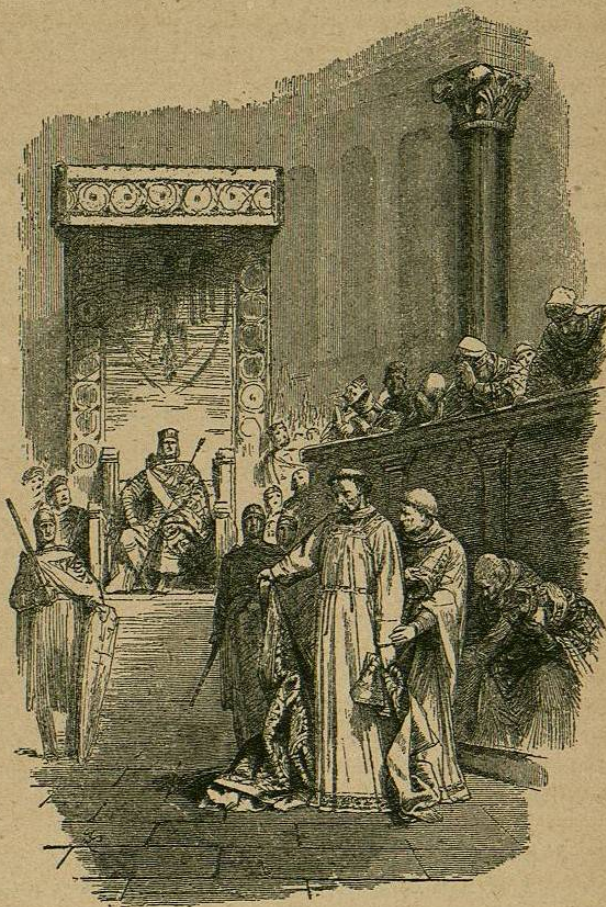
Mucho tiempo corrieron entre el pueblo alemán las canciones que narraban cómo Guernerio murió por Ernesto y Ernesto por Guernerio, y ochocientos años después de la lucha mortal en el llano de Baar, uno de los mejores hombres de su tiempo, Luis Uhland, convirtió en noble tragedia el antiguo cuento de la amistad hasta la muerte. Usando de la libertad concedida al poeta Uhland, para conseguir un final conciliador, hace parecer en el campo de batalla, al terminar esta, al emperador y la emperatriz dirigiendo ésta á aquel las siguientes palabras: *Oh emperador, asombrada quedará la posteridad cuando sabrá la pujanza de tu poderío, la firmeza de tu brazo soberano; pero muchos corazones se enternecerán cuando oigan cantar ó narrar la nueva del duque Ernesto, de Guernerio su amigo.*

Ciertamente era *firme* el brazo soberano de Conrado, debiendo este francón contarse entre los mejores potentados que Alemania ha producido. En el exterior, hizo sentir la superioridad alemana á los eslavos de Bohemia y Polonia y en el interior sostuvo los derechos del Estado contra la Iglesia, teniendo á ésta sujeta por el hecho de instalar y destituir á su antojo á los obispos y abades. El emperador realista se atenia en frente de las pretensiones é inven-

ciones clericales impertérritamente al principio que los negocios mundanos debían arreglarse conforme á las necesidades de la realidad. Después de la muerte de Rodolfo de Borgoña, el emperador, en virtud de un convenio que había concluído con aquél, se hizo coronar rey de Borgoña en Peterlingen (1033), ganando así este país para el imperio, si bien este aumento fué sano y prudente tan sólo en el concepto que la Suiza alemana, que físicamente pertenecía á Alemania, ahora estaba unida con ella políticamente, mientras que el resto de Borgoña, como país romano, repugnaba naturalmente á la unión con el imperio y debía permanecer extraño á este enlace. En eso de hacer hereditario el poder real é imperial en su familia, Conrado trabajó con energía y consecuencia tenaz, favoreciendo con este fin á la nobleza baja á expensas de la alta por hacer posible transmitir por herencia sus *beneficios*, sus bienes feudales. A su hijo y el de Gisela, Enrique, consiguió hacerlo elegir é instalar como su sucesor aun durante su propia vida, pues por Pascua de 1028 el príncipe, que á la sazón no tenía más allá de 11 años, fué ungido y coronado *rey alemán* por el arzobispo de Colonia en la catedral de Aquisgran, y ese título desde entonces fué llevado por los sucesores elegidos y ungidos de los emperadores romano-alemanes.

Once años más tarde, á la muerte de su padre, Enrique III empuñó el cetro, y estando educado con perfección militar y políticamente por el padre y científicamente por la madre, supo manejarlo gloriosamente: fué el señor de su época. Sometió otra vez la rebelde Bohemia y avasalló á Hungría, si bien transitoriamente; en las riberas del Danubio avanzó la frontera alemana hasta el Leita, instituyendo á Luitpoldo de Babenberg marqués de Austria, la cual en tiempo de Federico Barbaroja fué convertida de marquesado en ducado hereditario por el habenbergés Enrique. Hombre genial que era, Enrique III comprendió que la fuerza intelectual, la idea, al fin y al cabo es siempre más potente que la fuerza material y que esta sola no basta para llevar las cosas á buen término. De ahí la franqueza, el entusiasmo con que el emperador acogió un movimiento que en sus días partió del célebre monasterio de Cluny en Borgoña, anunciando que contra los males terribles de la época, la violencia, el hambre y las epidemias, no había otra salvación que la práctica rigurosa del ascetismo cristiano. La idea de reforma ascética de Cluny, tendía, por lo demás, á manifestarse en obras, siendo una de ellas la *tregua de Dios*; si bien esta tregua no era más que el recuerdo de una antiquísima idea germánico-pagana. Era una tentativa muy loable de poner un freno religioso á las rudas pasiones del siglo XI y de quitar al ménos cuatro días de la semana á la salvaje afición á las pendencias que pretendía cohonestar su salvajismo invocando el antiguo derecho germánico de la guerra de familia. El miércoles por la noche las campanas debían anunciar el principio de la tregua de Dios, no pudiéndose empezar ni continuar riña alguna hasta el lunes por la mañana. Precisamente la atención que Enrique III dedicaba á esta y otras ideas reformistas que surgían entonces en el seno de la Iglesia, ó por lo ménos de algunos de sus órganos, confirmaba al emperador en la opinión de supremo soberano y protector de la cristiandad, y como tal se ha presentado también en

frente del papado. Con ocasión de su viaje á Roma en 1046, teniendo 30 años, desempeñó con justicia y severidad su oficio de juez supremo destituyendo á los tres papas simultáneos que se disputaban ignominiosamente, Silvestre III,



SÍNODO DE SUTRÍ.

Benedicto IX y Gregorio VI. Esto sucedió el 20 de diciembre del mencionado año en Sutri, donde, por orden de Enrique, se había reunido un gran concilio de obispos alemanes é italianos. El rey asistió á las discusiones, en las que tomaron parte dos de los tres papas citados para justificarse de la acusación de haber comprado la dignidad papal, presidiendo la asamblea uno de ellos,

Gregorio. Después de proponer y conseguir la deposición y enclaustración de Silvestre (la destitución de Benedicto se verificó pocos días después en Roma) Gregorio se levantó para dirigir á la asamblea las siguientes palabras: *Yo, el obispo Gregorio, el siervo de los siervos de Dios, confieso que á causa de la pecaminosa compra y simoníaca heregía con que me he hecho papa, debo ser destituido del obispado Romano. ¿No es éste también vuestro parecer?—* Lo es, contestaron los reunidos, y el destronado bajó de su solio y rasgó sus vestiduras de pompa como signo de obediencia. Enrique le desterró á Alemania y en su lugar hizo vicario de Cristo á un alemán, el excelente obispo Suidger de Banber, bajo el nombre de Clemente II. En aquellos días de diciembre de 1046, el imperio romano alemán estuvo en Sutri y en Roma en el punto culminante de su poderío y esplendor. Tres papas se inclinaron en el polvo ante el emperador. Pero el reverso de la medalla no tardó en presentarse; á Enrique III sucedió Enrique IV; á Gregorio VI Gregorio VII, después de Sutri vino Canosa. El continuo cambio de los destinos humanos es lo que tienen de triste y de consolador, porque solamente la inconstancia de la fortuna puede preservar á la sociedad de las locuras de la soberbia y arrogancia de los hombres y de los pueblos.

A Gregorio destituido acompañábase á Alemania su capellán, hombre pequeño, de poca presencia, de cara fea y de voz delgada, pero cuyo frágil cuerpo encerraba un alma de hierro, uno de aquellos espíritus escogidos que con la idea que los impulsan dominan y caracterizan su época. Ese fraile de procedencia germánica-longobarda, llevaba el nombre retudesco Hildebran, y fué el enemigo más tremendo que el pueblo alemán tuvo jamás. Todavía á estas horas prolífica la simiente de odio que él esparció; pero él creía sinceramente en su ideal, en la posibilidad de una teocracia universal y en la realización de este ideal de un reino de Dios en la tierra cuyo administrador autocrático había de ser el papa; trabajó con afán hasta el último momento de su vida. Este hombre no debe ser confundido con el clero ordinario; su ambición y su genio le elevaban muy alto sobre el nivel del egoísmo común. Como hijo de su tiempo, no podía conocer que su ideal no era sinó una ilusión engendrada por la locura humana y la ignorancia del siglo XI. Al trazar su plan colosal de colocar la Iglesia por encima del Estado y de hacer la cabeza de la Iglesia consecuentemente jefe supremo de todos los potentados seculares, del más pequeño al más grande, todo cuanto veía al rededor de sí debía parecerle asentimiento y aplauso. Él mismo podía imaginarse vengador de la humanidad atormentada por la tiranía feudal, y en efecto, cierto rasgo democrático se manifiesta en toda la conducta del hijo de los aldeanos longobardos de Roabacún, pues sabemos que admiraba más que todos los otros estados la joven república de Venecia, si realmente podía admirar algo además de su ilusión. Como compañero de Gregorio, conoció las condiciones de Alemania en los palacios imperiales de Speger, Vorms, Colonia y Aquisgran, y sobre todo debió formarse una idea del carácter de los grandes alemanes que supo aprovechar después con grande habilidad. Con Enrique III concordaba en la persuasión que la reforma monástica procedente de Cluny podía y debía ser de-

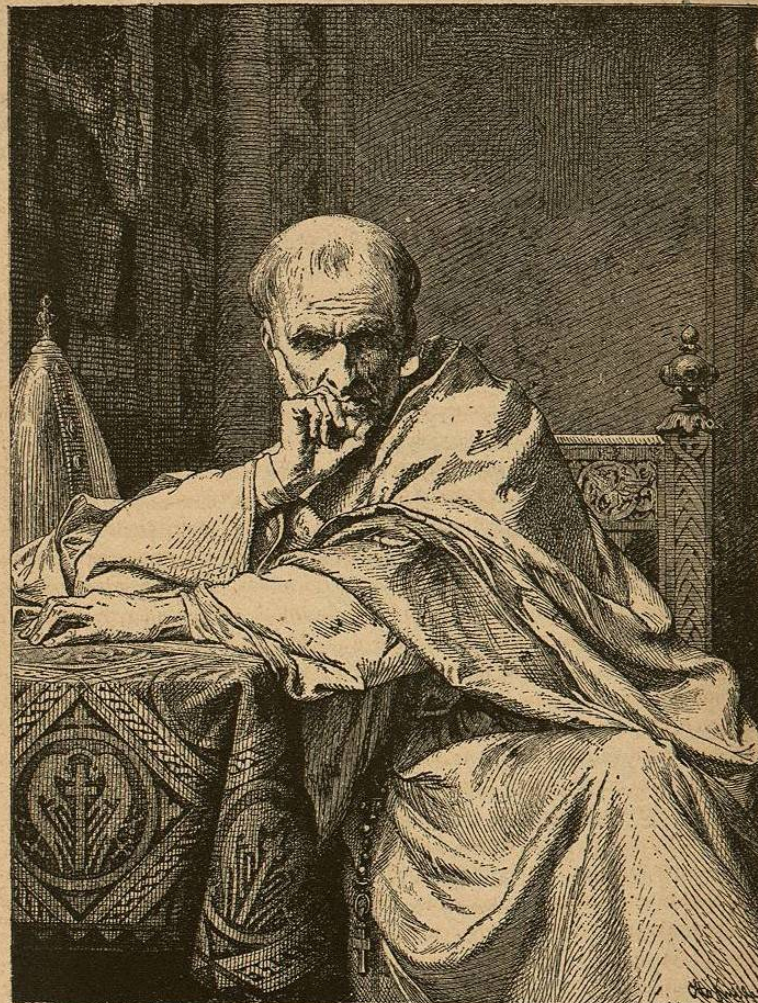
terminante para todo el ser moral de la cristiandad. Era un asceta persuadido, pero con el fraile combinábase en él tan admirablemente el político, que hemos de considerarle como modelo de teócrata que no ha sido alcanzado nunca más. El clericalismo verificó en él su aparición más brillante.

En calidad de cardenal subdiácono dirigía ya la política de la curia romana bajo el pontificado de Leon IX y el de Víctor II. La muerte prematura del grande emperador en 1056 señalaba el orto del astro de Hildebrán, quien sentía que él solo podía llenar el hueco que el fallecimiento del poderoso emperador había dejado en el mundo; y la ocasión de preparar la realización de su ideal era oportunísima, porque con la desaparición del vigoroso domador había venido sobre Alemania é Italia un desórden y una confusión espantosa y en el trono de los alemanes hallábase sentado un niño mal educado y mal aconsejado, llevado de un punto del reino á otro entre los partidos altercantes. Parecía aún conveniente á Hildebrand dirigir los grande actos y escenas políticas de la traji-comedia imperial desde los bastidores, y por esto se confectionó á principios del año 1059 en la persona de Nicolás II un papa capaz y deseoso de obrar enteramente en su sentido. Con esta ocasión introdujo la modificación importante de transferir la elección del papa desde el clero, nobleza y pueblos romanos, á cuyos grupos había pertenecido hasta entonces, al colegio de los cardenales, conservando todavía teóricamente el derecho de confirmación del emperador, pero considerándolo ya abolido en la práctica, como demostraba claramente la elección de Alejandro II, hecha por Hildebrand sin tener en cuenta por nada la corte imperial, después del fallecimiento de Nicolás II. Bajo el reinado de estos dos papas su ministro gobernante se preparó otro instrumento eficaz para la gran lucha esperada y deseada del sacerdocio con el imperio, á saber, el de exitar contra el imperialismo alemán el sentimiento nacional de los italianos á pesar de su propio origen germánico. En todas las épocas la política de la Iglesia ha acertado perfectamente á revestir de una capa patriótica sus aspiraciones al despotismo universal. Después del fallecimiento de Alejandro II, Hildebrand creyó llegada la hora de salir de entre los bastidores asumiendo también el título de lo que de hecho había sido ya desde mucho tiempo. El 29 de junio de 1073 fué consagrado y entronizado como papa en la iglesia de San Pedro bajo el nombre de Gregorio VII.

Para los hombres que saben apreciar y respectivamente despreciar las cosas humanas, es un verdadero placer contemplar el genio superior con que el séptimo Gregorio llevó á cabo su gran lucha con el rey de los alemanes, puerilmente indeciso y sujeto á arrebatos, madurado, vigorizado y engrandecido después por la desgracia, Enrique IV, y con qué maestría supo oponer este papa al estado feudal alemán, rígido, centrifugo, desmoronadizo, la Iglesia organizada unitariamente y con vigor sobre la base de las reformas clunianenses. Aunque sabía que á la crédula estupidez de las masas y la grosera superstición de las clases superiores podía hacer tragar las cosas más estúpidas y por lo tanto convencido absolutamente de la eficacia de sus recursos eclesiásticos, la excomunió y el entredicho, sin embargo procuraba con afán

proporcionarse también el apoyo de las fuerzas seculares; de ahí sus relaciones con la gran marquesa Matilde de Toscana, con el rey normando Roberto Guixart de la Italia inferior, con las ciudades lombardas, favoreciendo el desarrollo burgés republicano de éstas contra los prelados y la aristocracia feudal y finalmente aun con los príncipes y prelados alemanes. Ayudábale en esto la circunstancia que Enrique IV con sus muchos desaciertos había dado á algunos grandes y á tribus enteras del reino, bastantes motivos para quejas fundadas, á las que se añadían naturalmente otras no fundadas. A esto se agregaba aun que durante la minoría del rey la tradicional anarquía de la nobleza alemana había vuelto á cobrar fuerzas, de modo que muchos de los magnates alemanes, desde el duque hasta el último hidalgo, estaban dispuestos á aceptar el santo y seña *libertad alemana* dimanado de Roma, es decir á rebelarse contra el legítimo soberano. En cambio la gran mayoría de las ciudades alemanas permanecía fiel al rey y al imperio; tampoco eran los obispos alemanes tan serviles esclavos del papa como se han presentado ocho siglos después; en el siglo XI muchos de ellos, á pesar de todo el ruido de la máquina excomulgatoria papal, han permanecido leales á su rey y á su país. Aún los más de los prelados alemanes eran bastante patrióticos para no abandonar á su rey excomulgado por el papa hasta que aquel, mal aconsejado por sus ineptos validos, les ofendió con su desacertada conducta.

Todo el mundo conoce las tres grandes medidas con que el papa preparó la lucha que había de conducir al triunfo completo de la Iglesia sobre el Estado; consistían en realizar la prohibición de la simonía del matrimonio de los sacerdotes y de la investidura lega, es decir, el entregar los príncipes del país el anillo, el báculo á los prelados, en otros términos, el disponer los poderes políticos de los destinos eclesiásticos. No es difícil comprender la intención del papa, á saber, separar al sacerdote de la familia y por lo tanto de la sociedad y hacer á la Iglesia independiente del Estado. El efecto político y moral más decisivo ha sido el del celibato, es decir, la vida soltera impuesta á los clérigos con la fuerza. Por la imposibilidad de contraer un matrimonio legítimo (el ilegítimo se le permitía sin dificultad con tal de no dar demasiado escándalo) el cura llegaba á ser una cosa enagenada de la familia, de la sociedad, del Estado, del país y de la patria, en fin una verdadera cosa, es decir, un instrumento ciego de Roma. La necesidad del pueblo trabajada y manejada por frailes fanáticos ha ayudado en muchas partes de Alemania á introducir el celibato con violencia; más tarde, cuando ninguna mujer casada ni soltera estaba ya segura de la concupiscencia clerical, los campesinos y los ciudadanos tenían abundantes motivos para meditar sobre la venerabilidad y el mérito del celibato. Es una gloria de la clerecía alemana que á su mayoría la infame inaturalidad debió imponerse por la fuerza; todos los buenos y honrados se indignaron contra la imposición papal. En la diócesis de Passau cierto sacerdote publicó un elocuente folleto contra ese engendro, calificándolo muy justamente de locura; el obispo Otón de Constanza predicaba públicamente contra esa locura; pero todo fué en balde á pesar de que la oposición contra el celibato continuó aún mucho tiempo en algunos puntos, pues en el siglo XII



GREGORIO VII.

Los más de los curas de la Alemania septentrional estaban legítimamente casados y aun en el siglo XIII había párrocos y hasta obispos casados en Silesia. Por lo demás, los motivos de Gregorio para imponer el celibato eran puramente políticos, no ocurriéndosele jamás el motivo dogmático que se pretextaba más tarde, a saber, que el sacerdote debiendo cada día fabricar á Dios mediante la consagración de la hostia en la misa no debía contaminarse por el matrimonio, pues ¿qué debe y puede considerarse puro en el mundo si el lazo más sagrado que une los hombres y mantiene la sociedad es calumniado como contaminación? El celibato de los sacerdotes ha acarreado males sin cuento á la humanidad, haciendo innumerables desgraciados. El hecho de sufrir pacientemente tamaña abominación confirma una vez más la antigua verdad que nada hay tan poderoso en el mundo como la necesidad de la gente.

En el año de 1076 la lucha entre el papa y el rey hallábase ya en el colmo de su encono; Gregorio, por medio de un legado citó á Roma á la cabeza del imperio para que se justificase ante el vicario de Cristo de los muchos crímenes que le imputaban contra el derecho y el orden de la Iglesia. La contestación del rey á esta arrogancia inaudita fué que por una reunión de los obispos alemanes convocada en Worms en enero hizo destruir del trono papal á Hildebrand, fraile falso y perjuro. El papa por su parte hizo declarar indigno de reinar al rey en un sínodo de prelados de Roma y del centro de Italia reunidos en febrero en la iglesia del Salvador del Laterán; fulminó sobre él y sus partidarios la excomunión mayor maldiciéndole solememente. La emperatriz viuda Inés, madre de Enrique, hallándose á la sazón en Roma, fué testigo auricular de la maldición de su hijo, procedimiento que han cultivado hasta la perfección los vicarios de aquel que dijo: *amad á los que os odian, bendecid á los que os persiguen*. Es cierto que con el cristianismo gregoriano, sobre todo, no se logra por medio de aquél poner el pié triunfalmente en el cuello del rey de la nación más poderosa de su época, que es lo que consiguió Gregorio VII. El rayo fulminado por él era bastante candente para fundir la blanda soldadura del estado feudal alemán, prestándose la aristocracia revoltosa á ser instrumento del enemigo mortal de su patria. Por intrigantes clericales, cual era el obispo Bukko de Halberstadt, ese instrumento fué preparado para manejarlo exactamente en el sentido papal. Formose una gran conspiración, cuyos principales miembros seculares eran los duques Rodolfo de Suabia, Guelfo de Baviera, Bertoldo de Carintia, y el sajón Otón de Nordhein, siendo los principales agentes eclesiásticos el arzobispo Gerardo de Falsburgo y el obispo Altman de Passau. Reunidos en Tribur del Rhin en octubre de 1076, los conspiradores, y sus secuaces resolvieron que el excomulgado Enrique debiera por de pronto abstenerse del ejercicio de sus funciones reales, y si no consiguiera librarse de la excomunión dentro de un año, hubiera de perder enteramente la corona. Los traidores llevaban su sumisión al *santo padre* hasta el punto de rogarle que fuera á Alemania para juzgar al rey. Esto precisamente lo quería evitar Enrique, y como veía que la corriente le era contraria y demasiado fuerte para él la carga del anatema, que temió, resolvió tomar la delantera al papa, pasar

los Alpes y obtener á toda costa que le quitara la carga de la excomunión.

Esta determinación condujo á la escena ignominiosa de Canosa, única en la historia del mundo y que debe ser una advertencia terrible y eterna para el pueblo alemán. Esa reconciliación altanera, titubeante y condicional del hijo de Enrique III con el hijo del labrador de Roabacum, esa sumisión del rey más grande de la cristiandad bajo el fraile papa Gregorio, ha sido la humillación más profunda que el germanismo ha tenido que sufrir jamás por parte del romanismo, el Estado por parte de la Iglesia. Pero mirándolo humanamente, lo que sucedió del 25 al 27 de enero de 1077, ante y en el castillo que se eleva inexpugnable al sur de Pregio, propiedad de la condesa Matilde, de la cual se refiere que *hospedó al papa, cual Marta, y escuchó sus palabras como María*, encierra algo que puede acallar hasta la ira patriótica de un alemán, pues en aquella fecha el espíritu celebró en Canosa un triunfo sin ejemplo sobre la materia, el pensamiento sobre la fuerza física, la idea sobre la espada. Así es que los días de Canosa señalan una revolución de los destinos, pues desde entonces la estrella de Gregorio iba al ocaso, si bien lentamente; pero sin interrupción hasta aquel 25 de mayo de 1085 en que murió fugitivo en Salerno, inflexible y convencido de su derecho hasta el postrer instante, siendo sus últimas palabras, segun dicen: *He amado la justicia y odiado la iniquidad, por esto muero en el destierro*. Enrique el penitente de Canosa, ciertamente ha sido el vengador del Estado ultrajado en su persona, entrando en Roma como vencedor en marzo de 1084, haciendo destituir á Gregorio VII, nombrar á Clemente III, poniéndole este la corona imperial; pero durante toda su vida fué desgraciadísimo. Consiguió defenderse del contra rey Rodolfo que le oponían los rebeldes y acabar con la rebelión misma, pero hubo de experimentar amarguras más acerbas por la traición y revuelta, y de sus propios hijos, Conrado y Enrique. Harto del mundo, murió en agosto de 1106, persiguiéndole aún en la tumba el odio feroz del clero de la *religión del amor*.

Siguió su desnaturalizado hijo en el trono alemán como Enrique V, coronándole emperador después en el año 1111, el papa Pascual II, en S. Pedro de Roma. Este quinto Enrique era hombre astuto, perseverante, ajeno de escrúpulos, y manifestaba ya claramente por la manera como trataba á Pascual II, que era del palo de que se hacen los déspotas enérgicos. Había heredado de su padre la lucha de la corona contra la tiara, como así mismo la lucha del orden político contra la anarquía aristocrática de Alemania. En estas dos luchas se manifestó valiente, sin dejarse intimidar por la triple excomunión y maldición de Roma. Finalmente, empero, hubo de acceder al concordato de Worms en 1122, por el cual la cuestión de la investidura terminó en el fondo á expensas del Estado. Enrique murió en 1125 sin dejar hijos, y si quería ser sincero debía decirse en el momento supremo, que el espíritu que había vencido á su padre, el espíritu persistente de Gregorio VII, había quedado también victorioso contra él. La separación rigurosa de los clérigos y de los legos, la castificación del clero, era y permanecía un hecho consumado.

La Iglesia alemana, Estado dentro, ó mejor dicho, por encima del Estado, era